

## RESEÑAR HISTORIAS PASADAS, PRESENTES Y FUTURAS SOBRE LOS ACTIVISMOS ESTUDIANTILES

*Nicolás Dip*

División de Historia, CIDE

Muchas paradojas pueden encontrarse en el campo historiográfico actual de América Latina y el Caribe. Una es que sus sistemas de evaluación científica ponderan escasamente un género, tan importante y con una extensa trayectoria, como las reseñas de libros. Para decirlo directamente: en ese espacio complejo que llamamos “academia” se reconoce y festeja muy poco escribir reseñas.

Es una contradicción llamativa y contraproducente. Hacer reseñas es una continuidad de la lectura, pero por otros medios. Y desde esta evidencia tan simple, pero lamentablemente poco atendida, parece que a los evaluadores no les importa tanto el acto de leer, la actualización de bibliografía y que haya verdaderos diálogos y debates colectivos. Es cierto, los sistemas resaltan la trayectoria individual, aunque —y esto no lo pueden evitar los sesgos del ojo evaluador— el trabajo historiográfico descansa en labores colegiadas. Y esa tarea de a muchos no radica en sentidos unilaterales, sino en lecturas y miradas diversas, sin las cuales no hay construcción ni reelaboración del conocimiento histórico.

Esta realidad también se evidencia en que ¿casi? no existen cursos de lectura en Historia y ciencias sociales. Sí de escritura, pero no de lectura. Y eso es llamativo porque uno no puede jactarse de ser historiador o historiadora y no leer, como una especie de pianista que presumiera de no escuchar música. No se puede pensar, entender, organizar, hablar y escribir en términos historiográficos sin leer cada día más y mejor. Y leer cada día más y mejor no es posible sin reseñar a otros y otras. Y además en Historia, como en cualquier ámbito de las ciencias sociales, no hay creación pura. En sus

elaboraciones no existe más base posible que la invención a partir de la recuperación de otros: uno recupera a uno, a tres, a seis; de la mezcla de lo recuperado va surgiendo —a veces— algo distinto. Por eso no es un tema menor elegir qué se lee y cómo se reseña lo que se lee, porque esa es una forma de ir armando una manera de hacer Historia, entre muchas.

Con las tres reseñas que convidamos a continuación, desde *Istor* queremos festejar la lectura de libros y ensayos sobre activismos estudiantiles latinoamericanos y caribeños, un campo de estudio en crecimiento que para profundizar sus intercambios necesita de más comentarios críticos sobre las obras que produce. Además, con estas reseñas se busca compartir ideas y debates no sólo sobre el pasado y el presente de las protestas estudiantiles en la región, sino también sobre sus tendencias futuras, nunca determinadas y siempre en disputa.

La primera reseña de esta compilación está escrita por el investigador chileno Pablo Toro-Blanco y es sobre el libro de David Pulido García que acaba de publicar la Universidad del Rosario de Colombia bajo el título *En el trance más oscuro de la historia: Los estudiantes ante la Primera Guerra Mundial (México y Argentina, 1908-1918)*. La segunda, a cargo del historiador cubano Rafael Rojas, recupera los debates de un ensayo importante, aunque poco recordado, sobre los movimientos estudiantiles latinoamericanos que escribió Jean Meyer en 1969 en la revista francesa *Esprit*, fundada hace más de noventa años por el reconocido Emmanuel Mounier. Y la tercera corre por la pluma de la académica argentina Marina Larrondo y aborda el libro *Desde las calles a La Moneda: Liderazgo estudiantil y transformación política en el Chile contemporáneo* de Camila Ponce Lara, que publicó este año en Santiago RIL Editores. Esperamos que se lean los dos libros y el ensayo, que se lean sus reseñas y que el futuro nos depare mejores construcciones y querellas colectivas.

#### ESTUDIANTES EN EL TRANCE MÁS OSCURO DE LA HISTORIA

*Pablo Toro-Blanco, Universidad Alberto Hurtado*

Son muchos los méritos de este libro que viene a agregar una nueva veta de comprensión a la historia de los movimientos estudiantiles, la juventud y América Latina en las primeras décadas del siglo xx. Me gustaría partir por uno que casi no se menciona en una reseña académica: los agradecimientos.

Ellos quedan usualmente fuera de toda consideración porque, en general, suelen ser una enumeración de personas queridas e instituciones generosas que auxiliaron el logro de llevar adelante una investigación y su resultado final. Sin embargo, en el caso del texto de David Pulido hay una muy bien narrada explicación de un proceso personal que resulta ilustrativo de lo que es realmente la investigación histórica. Bajo una lluvia torrencial en Buenos Aires y un desánimo persistente, un encuentro fortuito con una cita de Julio Cortázar detonó el inicio del libro que comentamos en estas páginas: “No todo está perdido, si tenemos el valor de proclamar que todo está perdido y que hay que empezar de nuevo”. El autor tuvo ese valor, desechó persistir en un camino que parecía no ofrecer más posibilidades de avance y reorientó sus esfuerzos (con mucho éxito, agregaríamos) a una nueva tarea. El resultado es esta contundente obra, de más de 400 páginas de texto, elaborada gracias a la consulta de una profusa bibliografía y al seguimiento atento de las pistas que las fuentes primarias le fueron entregando a Pulido.

El problema principal que busca comprender el autor es poner en disputa la idea generalmente aceptada de que la movilización política estudiantil latinoamericana de la década de 1920 —de bastante incidencia en variados episodios de tensión política y social y que consolidó la figura colectiva del estudiante como un actor en los procesos de cambio— fue un producto originado principalmente por el movimiento reformista de Córdoba de 1918. Allí habría que buscar, se ha sostenido, la síntesis de un conjunto de tendencias intelectuales que terminarían labrando un feliz encuentro entre las inquietudes intelectuales y políticas de una generación que miraba una Europa en ruinas, el ascenso norteamericano y la aparición de la esperanza bolchevique. El momento fundacional de 1918 tendría, a su vez, “antecedentes” en iniciativas organizativas de comienzos de la década y en ideas de corte emancipatorio y juvenilista. Pulido se plantea la tarea de alterar ese consenso y problematizar la comprensión del proceso, sin tener como meta encontrar un hipotético “verdadero punto cero” de la historia de los movimientos estudiantiles, sino que, más bien, agrega capas de análisis que ayudan a entender de mejor forma la interfaz entre dimensiones nacionales, continentales y globales. Para ello, inscribe su narración al interior de las nuevas tendencias de la historia intelectual y cultural, en específico aquellas

que han vuelto a mirar con atención a la Primera Guerra Mundial. De hecho, es esta conflagración el catalizador de posturas intelectuales y políticas en la juventud latinoamericana al que Pulido busca relevar como propiciatorio de la génesis de un discurso con perfiles continentales, mesiánicos y potencial reformista y revolucionario que se proyectaría en Córdoba y en lo posterior. El autor entiende que es necesario poner en relieve la discusión intelectual que el estallido y el desarrollo de la Gran Guerra estimuló en América Latina y destaca el silencio historiográfico que, hasta ahora, ha existido respecto a qué tendencias y polémicas ideológicas se acoplaron al horizonte de discusión de los jóvenes universitarios.

El texto se compone de tres grandes partes, precedidas de un prólogo a cargo de la profesora argentina Natalia Bustelo y una introducción. En la primera gran unidad, se entrega una interesante discusión que brinda un marco histórico y conceptual sobre el clima intelectual entre los grupos universitarios durante los años previos al estallido de la Primera Guerra Mundial. También se presenta una caracterización del tránsito desde el protagonismo e identidad de la juventud, delineados sus perfiles por discursos espiritualistas y mesiánicos, hacia el momento de ascenso de la figura del estudiante como actor político e intelectual que hereda buena parte de ese crédito social. En la descripción de esa transformación, que tuvo diferentes velocidades y alcances en los distintos procesos nacionales en función de la complejidad mayor o menor de la configuración de sus espacios de discusión (como, por ejemplo, la existencia de Ateneos) y de la madurez y tamaño de los entornos universitarios, habría sido una ganancia para el relato que se hubieran introducido algunos datos acerca del incremento demográfico de la población juvenil y universitaria. Respecto a la segunda parte, se concentra en las reacciones de los estudiantes mexicanos y argentinos frente al estallido y primeros años de la Gran Guerra. La tercera parte se enfoca en los años finales del conflicto y, sobre todo, en los perfiles polémicos que irían tomando los movimientos estudiados, fortalecidos organizacionalmente, con mayor cohesión doctrinaria (labrada en el perfilamiento antiimperialista y tendencialmente antioligárquico que fue despuntando durante el periodo) y con crecientes demandas gremiales ante gobiernos nominalmente situados en un plano de reconocimiento y diálogo con algunos de sus intereses y propuestas.

¿Cuáles son, a nuestro modesto juicio, las fortalezas y debilidades de este interesante libro? Respecto a las últimas, poco hay que decir. Quizás el único comentario crítico que surge de la lectura de la obra de Pulido es que trasluce de modo muy franco su origen: ser una muy buena tesis doctoral. El traslado desde un formato a otro siempre conlleva algunos desafíos. En este caso, se adivina que resultó complicado tener que sacrificar parte de la información, los detalles y la profundización que requiere generalmente una investigación académica y que, por lo tanto, se optó por no hacerlo mayormente. El resultado es que el libro termina siendo (sobre todo en la segunda parte y una fracción de la tercera) algo detallista y que esto puede conducir a un declive en el interés del lector. Dicho eso, cabe señalar que la capacidad narrativa y el buen lenguaje de Pulido hacen que el tránsito por este voluminoso texto sea una experiencia grata. Respecto a los puntos destacados del libro, nos interesa relevar tres: la capacidad de argumentar una posición confrontando, leal y elegantemente, perspectivas consolidadas sobre algunos temas; la habilidad para introducir una ventana para comprender al movimiento estudiantil donde antes no la había, gracias a la vinculación de sus procesos a la luz del influjo de la Gran Guerra y, por último, la posibilidad de generar una suerte de modelo interpretativo que podría ser, imaginamos, aplicable a otros episodios importantes y en cierto modo ignotos de la historia de los movimientos estudiantiles en América Latina.

Respecto a la primera fortaleza, Pulido sitúa su punto de mira y su hipótesis en un terreno en el que existe una producción historiográfica bastante generosa. De manera bien argumentada y relacionando diversos autores, Pulido logra demostrar razonablemente que, en efecto, ha existido una perspectiva predominantemente contextual respecto a la Primera Guerra Mundial en el estudio del desarrollo de los movimientos estudiantiles latinoamericanos. Fijando su atención especialmente en los casos de México y Argentina, el autor recompone polémicas, desempolva publicaciones estudiantiles y sigue trayectorias de intelectuales que van permitiendo apreciar que la construcción de buena parte de lo que se podría denominar como la “identidad estudiantil reformista” de los movimientos universitarios de finales de la década de 1920 se fueron definiendo en los años de la guerra, con definiciones que resultaron hijas de las circunstancias, esculpidas por los eventos cambiantes. Los ritmos oscilantes del discurso antinorteamericano, por

ejemplo, no podrían entenderse sin una mirada que incluya a la Gran Guerra en el análisis.

El segundo mérito, de muchos más, de la obra de Pulido es que refresca la perspectiva acerca de las relaciones culturales y políticas, entendidas como flujos de velocidades e incidencias disímiles, al introducir a la Primera Guerra Mundial como un nuevo ángulo desde el cual estudiar a los movimientos estudiantiles latinoamericanos. En efecto, al leer la propuesta de *En el trance más oscuro*, aparece como evidente aquello que estaba oculto simplemente por tendencias parroquialistas en el análisis de la época. Así, volver a mirar a intelectuales que ejercieron liderazgos y despertaron admiración en los estudiantes de la época (como Ugarte, Rodó e Ingenieros) a la luz de cómo sus ideas se entremezclaban con los estímulos, las discusiones y reacciones que generaba la Guerra en el debate del mundo estudiantil, otro mundo de comprensión se abre y, en efecto, el desarrollo de la gran conflagración europea deja de ser simplemente un aparato contextual para convertirse en parte del fulcro de la ideología reformista estudiantil.

Por último, lo más sugerente, para nuestra lectura, sobre el libro de Pulido es que leerlo inspira a pensar el texto como un modelo o propuesta analítica que rebasa el periodo en el que se aplica. Aparece con claridad la necesidad que hay en nuestras historias —ya sea nacionales o regionales— sobre los movimientos estudiantiles de incorporar la perspectiva de las interacciones con los marcos culturales y políticos de orden global. Al ver el entramado que ha construido el autor para desarrollar su caso, uno no puede menos que pensar en cómo aplicar, con los matices necesarios, un enfoque semejante para, digamos, el periodo de la posguerra y los primeros años de la Guerra Fría o para la generalización del neoliberalismo desde la década de 1980. Del mismo modo, otra enseñanza que deja este interesante libro es que, siguiendo a Reinhart Koselleck, más que perseguir la fijación de una fecha o evento iniciático del trayecto estudiantil, es quizá más productivo entender la constitución de un determinado sujeto colectivo, como los estudiantes universitarios latinoamericanos, por la tensión entre las condiciones que les permiten su emergencia y reconocimiento, sus condiciones de posibilidad y aquello que portan como un potencial de realización, un horizonte de expectativa que todavía está lejano pero que de todos modos los perfila.

JEAN MEYER Y EL MOVIMIENTO ESTUDIANTIL DEL 68

*Rafael Rojas, Centro de Estudios Históricos-Colmex*

Ahora que el activismo universitario crece a nivel global, con reivindicaciones y demandas de igualdad e inclusión, así como de rechazo a la guerra en Gaza, vale la pena regresar a los debates sobre el movimiento estudiantil en América Latina durante los años sesenta y, específicamente, a algunas polémicas relacionadas con el 68 tanto francés, como estadounidense y mexicano.

En ellos ocupa un lugar poco reconocido un ensayo del historiador Jean Meyer, aparecido en 1969 en la revista parisina *Esprit*, que sería de los primeros textos en colocar al movimiento estudiantil en México dentro de un contexto histórico latinoamericano. La revista *Esprit*, entonces dirigida por Jean-Marie Domenach, había sido fundada por el católico de izquierdas, Emmanuel Mounier, creador de la corriente del “personalismo comunitario”. A finales de los años sesenta, justo cuando Meyer publicó su artículo, la revista era cercana a las ideas autonomistas de Iván Illich, fundador del Centro Intercultural de Documentación (CIDOC) en Cuernavaca, en 1966.

Meyer, que por entonces realizaba sus investigaciones sobre la Guerra Cristera en El Colegio de México, vivió de cerca el 68 mexicano, especialmente el activismo universitario en el Colmex, la UNAM y el Politécnico. Su ensayo “El movimiento estudiantil en América Latina” apareció en *Esprit* en mayo de 1969, al cumplirse el primer aniversario de los sucesos parisinos.

El texto comenzaba recapitulando la tradición del autonomismo universitario y la politización juvenil, que remontaba al Manifiesto Liminar de Córdoba, Argentina, de 1918, redactado por Deodoro Roca y firmado por los miembros de la Federación Universitaria de ese país. Como ha recordado Nicolás Dip en sus estudios sobre el movimiento estudiantil latinoamericano, en el 68 los jóvenes tenían muy presente aquel documento fundacional, dado a conocer cinco décadas atrás.

Lo primero que llama la atención del ensayo de Meyer es que adopta una posición crítica frente a los discursos que atribuían a los estudiantes una gran capacidad de transformación revolucionaria. No negaba el historiador el papel de los universitarios en muchas revoluciones y populismos latinoamericanos, como el peronismo y el varguismo, las revoluciones boliviana y cubana o las movilizaciones contra la dictadura de Marcos Pérez Jiménez, en Venezuela, o contra la asonada militar que derrocó a Joao Goulart en 1964

en Brasil. Pero dudaba que los estudiantes, por sí solos, pudieran decidir un cambio de régimen.

Decía Meyer que el “movimiento estudiantil argentino desde 1918” había sido “poderoso”, llegando a reunir unos 80 mil integrantes tan sólo en Buenos Aires. Pero objetaba a ese movimiento la incapacidad de crear una alianza eficaz con otros sectores, que impidiera el golpe militar contra el presidente Arturo Umberto Illia, en 1966, a pesar de las fuertes conexiones que la izquierda estudiantil tenía a través de la naciente Organización Continental Latinoamericana y Caribeña de Estudiantes (OCLAE) y otras asociaciones regionales.

De esa observación se desprendía no sólo un temprano y heterodoxo cuestionamiento de la lógica autonomista o gremial de la izquierda estudiantil sino una curiosa inclinación a distinguir revoluciones y populismos en América Latina y a advertir el papel a veces progresista de los ejércitos, especialmente en los Andes, que hoy son de consenso en la historiografía.

Otra dimensión heterodoxa del ensayo de Meyer, que se adelanta a buena parte de la historiografía contemporánea sobre América Latina, es su temprano discernimiento de las revoluciones y los populismos en la primera mitad del siglo xx. Entre las primeras, menciona la mexicana, la guatemalteca, la boliviana y la cubana. Entre los segundos, el peronismo argentino y el varguismo brasileño. Pero a pesar de sus diferencias, era posible, como han observado Kurt Weyland y otros historiadores, inscribir aquellas revoluciones y populismos dentro de una misma tradición política latinoamericana del siglo xx.

La conclusión del ensayo trasmite una radicalidad sorprendente: el movimiento estudiantil sólo alcanzaría plenamente sus objetivos si lograba producir una situación revolucionaria. Recuerda a Lenin y, en nuestro contexto, a Julio Antonio Mella, el dirigente universitario cubano que fundó el Partido Comunista en 1925. Sobre todo, si a esa conclusión se agrega esta frase: “Cuba es la única que llegó a adaptar el sistema universitario a las necesidades de un país subdesarrollado y sigue siendo cierto el hecho de que la reforma universitaria no es posible sin una revolución total”.

Meyer cita al dirigente comunista cubano Carlos Rafael Rodríguez, quien a principios de los años sesenta había publicado un artículo sobre la reforma de la enseñanza superior en los primeros años del gobierno de Fidel Castro.

Pero lo cierto es que aquella reforma estaba muy ligada al objetivo de extender a la educación básica y superior cubanas la instrucción del marxismo-leninismo de corte soviético. Muy poco tenía que ver con una reforma que planteara la autonomía universitaria, concepto que el nuevo Estado socialista descartaría por su carácter “burgués”.

El ensayo de Meyer en *Esprit* era clarísimo en su responsabilización del presidente Gustavo Díaz Ordaz y del secretario de la Defensa Nacional, el general Marcelino García Barragán, en la masacre de Tlatelolco. “En el origen de la crisis estudiantil mexicana está el presidente de la República, que es reincidente”, escribía Meyer, en alusión al hábito discursivo de Díaz Ordaz de acusar al movimiento estudiantil de ser agente del comunismo internacional.

Sobre el secretario de Defensa, apuntaba el historiador con evidente ironía: “Esto no se hace a la manera fascista, ya que García Barragán no es un *gorila* sino un *auténtico revolucionario*”. Captaba aquí Meyer algo advertido desde entonces por José Revueltas, Octavio Paz y otros referentes intelectuales del 68 mexicano y es que en el choque entre el movimiento estudiantil y el gobierno autoritario de Díaz Ordaz se libraba, también, una batalla por la apropiación del legado de la Revolución mexicana.

Aquella crítica directa a figuras máximas del poder político y militar en México provocó que el joven historiador francés fuese expulsado del país bajo el cargo de “extranjero pernicioso”. Cuatro años después, en 1973, regresaría gracias a gestiones de Daniel Cosío Villegas, y comenzaría —con la edición de *La Cristiada* en la editorial Siglo XXI—, su larga y fecunda trayectoria intelectual y académica en México.

#### DESDE LAS CALLES A LA MONEDA

*Marina Larrondo, Consejo Nacional de Investigaciones Científicas y Técnicas*  
Los estudios de juventudes, en particular el subcampo que indaga las prácticas políticas y la participación de las juventudes, viene consolidándose en América Latina desde hace, al menos, veinte años. También destaca un área con muchas vacancias, pero muy interesante, que es el de historia de las juventudes y la historia de sus identidades y modos de participación.

Además, gracias al reciente auge de los movimientos feministas y estudiantiles, por un lado, y a la emergencia de grupos de derecha y extrema

derecha con fuerte protagonismo juvenil, por el otro, las ciencias sociales le están formulando numerosas preguntas al campo de estudios en política y juventudes: todos quieren saber cómo, por qué, de dónde surgen estas y estos jóvenes que ocupan con estridencia el espacio público, plantean nuevas demandas, definen elecciones, marcan la agenda de la conversación pública y hasta llegan a la conducción del Estado.

Al mismo tiempo, el interés y reconocimiento de la relevancia del problema y del campo todavía conviven con una mirada que los ubica en cierto lugar subsidiario para explicar las configuraciones políticas del presente, reservadas al análisis de las élites, la “alta política”, los sistemas de partidos, el comportamiento electoral o el estudio de las redes, los algoritmos y el big data. ¿Qué puede decirnos la participación política de los jóvenes en general y del movimiento estudiantil en particular sobre el Estado, la democracia, las formas de construir estatalidad, la construcción de nuevas hegemonías o culturas políticas?

Podemos partir de un hecho empírico: cuando observamos las trayectorias de quienes ocupan altos cargos gubernamentales, o de militantes históricos de partidos tradicionales, o de activistas consagrados o incluso emergentes, constatamos que es muy frecuente (o mayoritario) encontrar que los primeros pasos en la militancia fueron dados en alguna organización política estudiantil secundaria o universitaria. La juventud es una etapa central en el aprendizaje político y en la socialización política de individuos que hoy ejercen la política, pero su importancia no remite sólo a su rol pedagógico o socializador, va más allá: los procesos políticos encabezados y motorizados por jóvenes y sus identidades tienen efectos capaces de impactar en diversos planos del sistema político y, en no pocas ocasiones, con resultados renovadores o transformadores.

Este paralelo, esta correlación entre las trayectorias individuales y políticas/colectivas, entre la biografía y la historia, entre las generaciones y las prácticas políticas del presente es el punto de partida del libro *Desde las calles a La Moneda: Liderazgo estudiantil y transformación política en el Chile contemporáneo*, escrito por Camila Ponce Lara y editado por RIL (Santiago, 2024).

Este trabajo comienza y finaliza con una imagen que da lugar a una pregunta primero, una respuesta después y abre otras interrogantes con proyecciones que van más allá de Chile. Esta imagen no es otra que la asunción de

Gabriel Boric, el presidente más joven de la historia de Chile, secundado en los altos cargos gubernamentales por miembros de una generación de activistas que destacaron como líderes de un ciclo de movilizaciones en 2006 y 2011, considerados representantes de una “nueva política” y surgidos de los movimientos estudiantiles y sociales que protagonizaron los reclamos más sostenidos y transformadores del Chile de la postransición. Se trata, además, de activismos que condensan no sólo un conjunto de demandas de las juventudes contemporáneas, sino que enfrentaron en las calles a una de las mayores herencias de la dictadura chilena y su estabilísimo modelo promercado: el sistema educativo y sus formas de sostenimiento, así como el vínculo entre Estado y sociedad que comporta.

El hilo conductor del libro es el movimiento estudiantil y la elección del mismo no es caprichosa ni está fundamentada en el mero interés investigativo de la autora: detrás hay una hipótesis de trabajo muy clara. La hipótesis, dada en la introducción, reza que “el movimiento estudiantil, en su conjunto, no se limita a ser una entidad de protesta, sino que también cumple un rol activo en la transformación de los valores arraigados y las instituciones preexistentes en la sociedad que lo acoge”. Desde este punto de partida, se despliegan los capítulos que muestran el proceso político chileno a la luz del derrotero del movimiento estudiantil, con sus momentos de auge y las influencias y acumulación de experiencias que van configurando nuevos ciclos, liderazgos y formas de hacer política.

El capítulo uno da cuenta de la emergencia de la lucha del movimiento pingüino (estudiantes secundarios) en 2006, con sus demandas por la gratuidad de la prueba de selección universitaria, el fin del lucro y el reclamo por una nueva ley de educación, junto a repertorios de acción colectiva y modos del ejercicio del liderazgo fuertemente novedosos.

El capítulo dos describe y avanza sobre la conflictividad que estalla en el año 2011 en el seno del movimiento universitario y cuyas demandas y marcos se dirigieron, directamente, al fin del lucro y a la gratuidad de la educación superior. Las movilizaciones fueron, hasta ese entonces, las más masivas desde la recuperación democrática chilena. Las protestas de 2011 vieron emerger el liderazgo de Gabriel Boric, Camila Vallejo y Giorgio Jackson, autoridades de la FECH en 2011 y 2012 y, diez años después, presidente de la Nación y miembros de altos cargos del ejecutivo al momento de la escritura

del libro. Llegamos así al nudo argumental y empírico: 2011 implicó el nacimiento de una nueva generación de liderazgos políticos que, al calor de las luchas del movimiento estudiantil, fueron capaces de articular y redireccionar el activismo hacia la representación institucional y gubernamental, renovando el elenco y los modos de hacer política. No obstante, la renovación es una pregunta que el libro sostiene hasta el final y sobre ello hay una respuesta. Retomaremos esto último en breve.

El capítulo tres hace un paréntesis en el análisis del ciclo político, así, oficia de eslabón entre lo macro y lo micro, entre procesos y liderazgos, entre vida activista y alta política, entre “las calles” y el camino que eventualmente lleva a la dirección del Estado. La escritura repone discusiones teóricas y metodológicas en torno a las biografías y las trayectorias políticas para dar cuenta de los liderazgos. Enseguida, se expone un análisis de las trayectorias biográficas de los principales protagonistas de estas movilizaciones. El análisis redundante en una interesante y fructífera tipología construida en la que se proponen tres tipos posibles de trayectorias: la conservadora, la rupturista y la emergente. Las coordenadas que dan cuerpo a los tipos no se derivan de lo ideológico: las trayectorias conservadoras y rupturistas remiten al vínculo entre el activismo presente y las herencias familiares, sean del signo ideológico que sean. Justamente son las trayectorias emergentes, es decir, aquellas que remiten a una militancia que se construye al calor de las luchas, que no derivan de influencias familiares y que, por ende, no se dan en el marco de las élites de fuerte capital político, las que pueden evidenciar mejor los cambios, la renovación de la política y, eventualmente, de la democratización de la participación.

A partir de este recorrido sociohistórico y esta propuesta conceptual, se llega a los últimos capítulos que analizan los cambios en los estilos de hacer política y las trayectorias concretas de estos jóvenes que llegan a La Moneda desde una generación movilizada y tras la pandemia, el estallido social de 2019 y una muy reñida primera vuelta electoral. Las conclusiones del libro establecen que, efectivamente, los procesos de cambio en la política juvenil importan y son espacios de construcción de élites dirigentes y grandes impulsores de cambios en las agendas, en los estilos de hacer política y en las identidades de quienes van a gobernar. Asimismo, nos invita a cuidarnos de los juicios y esperanzas apresuradas: el caso chileno muestra que nuevas

generaciones no son necesariamente sinónimo de una genuina renovación de los sectores sociales que llegan al poder. La autora retoma su tipología y evidencia el poco peso que tienen aquellas trayectorias emergentes: “Este despertar político contrasta con la estancada renovación en la clase política, que es meramente generacional. Las caras pueden ser nuevas, pero las dinámicas y trayectorias políticas siguen siendo notablemente similares a las de generaciones anteriores. La falta de diversidad en estas trayectorias es aún más preocupante dado que suelen representar a una élite social y económica” (Ponce Lara, 2024: 131).

En síntesis, este libro ofrece un análisis concreto del ciclo político chileno de los últimos años adjudicando causalidades adecuadas al recorrido de la política juvenil y el movimiento estudiantil, reponiendo su rol protagónico como impulsor de cambios en las demandas, en las agendas y en la democratización en una sociedad fuertemente desigual, al mismo tiempo que advierte cuáles son las limitaciones del ímpetu democratizador de “la política de los jóvenes”. Por último, invita a reforzar la necesidad de ampliar el campo investigativo a temas vecinos: la conceptualización sobre carreras y trayectorias, estilos y repertorios de acción colectiva impulsados por jóvenes, élites y renovación de las élites políticas y la relación no siempre estudiada en el campo de estudios de las juventudes entre política y clase social. En adición, invita a formularnos preguntas siempre vigentes sobre el vínculo entre democracia, democratización del activismo, élites, reclutamiento de la militancia, capital militando y cómo se puede, siempre, ampliar las bases para que la participación y la política deje de estar menos en las *altas esferas*. ❧

